

Si no la cagan a la entrada, la cagan a la salida

Jesús Eduardo Zambrano'

Recuerdo muy bien que aquel sábado nevó toda la mañana, las calles estaban llenas de nieve, los niños veían televisión mientras yo arreglaba la cocina y mi esposo reposaba en nuestro cuarto. Juan bajó como a la media hora, después de que terminamos de almorzar, y me dijo que tenía que salir, que tenía una cita con un cliente. A mí se me hizo raro porque la noche anterior, durante la comida, no comentó nada, y él siempre hablaba sobre su trabajo cuando estábamos sentados a la mesa. Es más, ya teníamos planes para salir en la tarde a patinar sobre hielo. Los domingos siempre hacíamos una salida familiar, dependiendo de la estación en la que estuviéramos. Si estábamos en verano, íbamos a la playa, y si estábamos en invierno, buscábamos algo relacionado con la nieve. En fin, éramos la familia perfecta.

Hacía rato algo me decía que Juan tenía otra mujer. Yo nunca había tocado el tema, pero ese día estaba más que segura que se iba a ver con otra mujer. Una, como mujer, tiene un sexto sentido, y ese nunca falla.

Juan se arregló más de la cuenta, y recuerdo que olía a la loción que le regalé en la navidad del 2000 y que solo usaba para ocasiones especiales. Es que los hombres creen que nosotras somos estúpidas. Yo me hice la tonta y esperé a que se montara al carro, para salir detrás de él. Ya era hora de que saliera de la duda: o lo pillaba en algo, o me tragaba todos mis malos pensamientos. Le dije a Nelly, mi hija mayor, que cuidara a los niños porque yo tenía que ir al supermercado a hacer algunas compras. Ella se ofreció a acompañarme, pero eso era algo que tenía que hacer sola. No quería que ninguno de mis hijos viera a su padre con otra mujer. Tomé el bolso y salí a toda prisa, temiendo que ya estuviera demasiado lejos y me fuera imposible encontrarlo. Antes de abrir la puerta me cercioré de que ya se hubiera

1 Cali. 1982. Egresado de Economía y Negodos Internadonales. Universidad Icesi. Cali.

ido, pero no, él todavía estaba allí: se encontraba hablando con James, un vecino. Yo, muy en el fondo, hubiera preferido que estuviera lo suficientemente lejos para no encontrarlo. Coño, es que yo a Juan lo quería mucho.

No entiendo cómo una puede llegar a querer a alguien así, una no debería de querer porque siempre le pagan mal. El que se enamora, pierde.

Esperé a que estuviese en la esquina y me monté al carro.

Lo seguí por casi veinte minutos; recorrimos casi media Manches-ter. Ese día, por la nieve, el tráfico era suave y se veían pocos carros, aparte de aquellos que se dedicaban a limpiar la nieve. En esta ciudad, los fines de semana, las personas prefieren descansar o viajar a otras ciudades. Acá no hay mucho por hacer, menos en invierno.

Juan paró enfrente de una casa de dos pisos, en un barrio de inmigrantes. Pitó y al rato salió Talita, su secretaria, una inmigrante brasileña que llevaba trabajando con él un año. Me acuerdo que yo ayudé a tramitar sus papeles de residencia, pues de algo me tenía que servir haber trabajado dos años en el consulado de Estados Unidos en República Dominicana. Al principio sentí alivio, porque pensé que Juan le había pedido que lo acompañara a la cita, pero luego caí en cuenta que uno no va a una cita de negocios con un maquillaje y una ropa tan llamativa. Esa prostituta parecía un payaso, estaba toda pintada, tenía una gabardina negra que lo único que dejaba ver eran unas botas negras, bastante costosas.

No pude ver cómo se saludaron porque el carro de Juan era polarizado y, además, yo estaba demasiado lejos para poder ver bien. Estaba como a cuadra y media de la casa de esa *bitch*.

Estuvieron estacionados como por cinco minutos y luego arrancaron. Los seguí a las afueras de la ciudad hasta el lugar al cual me temía que irían: un motel. Yo no sabía si entrar o no. Lo pensé por un rato y decidí entrar: los problemas hay que enfrentarlos, si no la incertidumbre acaba con uno. Vi el carro al frente de un cuarto y esperé como veinte minutos, hasta que la rabia que tenía me dio fuerzas suficientes para golpear la puerta. Talita salió envuelta en una sábana y cuando me vio casi se muere, se puso de todos los colores, ni siquiera podía hablar. "¿Qué pasa, mi amor?", le preguntó Juan. Eso me dolió tanto, que yo misma respondí: "Soy yo, mi amor". Juan estaba tirado en la cama totalmente desnudo y, entonces, me fui de ese lugar como

si nada: quería golpearlos, insultarlos, tenía rabia y odio, pero no me iba a rebajar a tanto. Eso fue algo que aprendí de mi tía Irene, ante todo demostrar que una es más, así se esté muriendo por dentro. Me monté al carro y lloré como nunca. Manejé sin rumbo fijo hasta que me parqueé en un centro comercial. No quería que nadie me viera así. En mi celular ya tenía como veinte llamadas perdidas de Juan. Cuando me parqueé apagué el celular, quería estar sola, me quería morir, tenía tanto odio.

No sabía qué iba a pasar, cómo lo iba a enfrentar, qué iba a pasar con los niños, qué iba a pasar con nosotros, porque ObVIO que esta no se la perdonaba. Estuve estacionada por dos horas y algo, hasta que tuve un arranque: quería ir a la casa y que pasara lo que tenía que pasar, tenía que enfrentar esa realidad, quería que ese cretmo se largara de mi casa.

Cuando llegué, ya no me salían las lágrimas de todo lo que había llorado y además no quería que mis hijos me vieran así. Y el maldito de Juan había sacado mis cosas de la casa. Todo estaba sobre la nieve: mis libros, mis vestidos, mis joyas, todo. Kelly estaba afuera llorando y tiritando, muerta del frío. Traté de recoger lo que más pude y lo guardé en el carro, aunque muchas cosas ya se habían dañado. Kelly estaba en shock. La abrigué y le dije que me esperara en el carro. Entré a la casa y llamé a los niños, les dije que nos íbamos. Juan me dijo que les preguntara si se querían ir conmigo. Juan Camilo, de once años, me dijo que él se quería quedar con su papá. Ramón, de apenas cinco años, siempre seguía el ejemplo de su hermano y me dijo que él también se quedaba. Dominique, de siete años, mi princesa, me dijo que se iba conmigo. Me dio mucha rabia que Juan tomara esa actitud vengativa con mis hijos y decidí dejar las cosas de ese tamaño. Antes de salir fui al cuarto de las niñas y empaqué lo que más pude. Subí las maletas al carro y arranqué sin rumbo fijo. No sabía para donde coger. Pensé en mi familia, pero ellos tenían suficientes problemas como para tener uno más. Tomé el celular y llamé a una amiga, Jennifer, la única persona que pensé me podría ayudar en ese momento. Le pregunté si me podía quedar unos días en su casa, y sin dudar lo me dijo que sí. Cuando llegué le conté lo que me había pasado, tenía que desahogarme, pero a las niñas no les canté nada. Bueno, lo única que les dije fue que tenía un problema con Juan y que por ahora prefería no hablar de eso. Fue así como hace cuatro años dejé de vivir

en la casa que tanto esfuerzo me costó conseguir, y fue así como hace cuatro años tuve mi segunda gran desilusión de amor.

Juan fue el segundo hombre del que me enamoré; antes estuvo José Luis. A ese hombre lo amaba, yo era una idiota total y, antes de él, salí con mucha gente y tuve muchos novios, pero por ninguno de ellos llegué a sentir lo que sentí por José Luis. Lo conocí mientras estudiaba en la Escuela de Arte de Nueva York. Una amiga mexicana, Soraya, me lo presentó. Era un hombre imponente, alto, de 1.80 de estatura, fornido, blanco, tres años mayor que yo y venía de Puerto Rico. Desde que nos vimos por primera vez, en aquel café a dos bloques de la sede de la escuela, hubo mucha química. Ese día hablamos, pero no pasó nada y yo me moría de las ganas de que me diera un beso. Recuerdo que él se fue temprano porque tenía que trabajar.

José Luis dictaba clases de español en un colegio, en las afueras de la ciudad. Recuerdo que aquella noche yo estaba supercoqueta, no sé, es que nosotras las latinas tenemos un no sé qué, algo que hace que seamos coquetas, pero que no lleguemos al punto de ser vulgares. A mí ese hombre me encantaba, me parecía interesante, era diferente a los demás: era perfecto, guapo, inteligente, luchador. Yo no le veía ningún defecto. Al otro día me llamó para saludarme. No sé cómo se consiguió mi teléfono. Ese mismo día me invitó a salir, y cuadrarnos una cita para ir el sábado a un restaurante puertorriqueño. José Luis ama a su país, y me dijo que quería que yo conociera un poco de Puerto Rico y su cultura; a mí me encantó la idea. Recuerdo muy bien que los días anteriores a la cita, Soraya no hacía más que contarme que él la llamaba todo el tiempo y que le preguntaba cosas sobre mí, qué me gustaba, qué pensaba de él. El sábado, a las siete de la noche, pasó a recogerme. No recuerdo muy bien el nombre del lugar al que fuimos, era algo así como Sazón y sabor puertorriqueño. Era un lugar muy lindo, la comida era exquisita, yo estaba matada. A mí ese hombre me encantaba.

Seguimos saliendo y él iba muy en serio. A las dos semanas de conocernos me pidió que fuera su novia, y, como tonta, acepté. Yo era la mujer más feliz del mundo, no me cambiaba por nadie. A los ocho días me presentó a su familia. La mamá no me quería ni poquito. Me acuerdo que trataba de disimularlo, pero uno sabe cuando alguien está siendo hipócrita. El papá en cambio era un amor, hablaba hasta por los codos, era superespecial, una persona que demostraba mu-

cho afecto. Cuando José Luis tenía cinco años, perdió a su hermano mayor en un accidente automovilístico y aunque fue poco el tiempo que compartieron siempre hablaba de su brother. A mi familia, bueno, a mi mamá y a mi hermana menor, las conoció cuando llevábamos como seis meses de novios, cuando ellas vinieron de República Dominicana a pasar vacaciones con mi tía y mis primos, a quienes yo consideraba mi verdadera familia porque con ellos habla vivido casi toda mi vida.

Mi mamá me mandó a vivir con mi tía a los Estados Unidos cuando yo apenas tenía cuatro meses de nacida. A mis padres, la verdad, los conocí muy poco. A los doce años viajé a Santo Domingo a aprender español y lastimosamente me tocó presenciar la muerte de mi papá cuando trataron de robar la tienda de la familia. Él se negó a seguir las peticiones de los atracadores y le pegaron un tiro en la cabeza. Esa es una imagen que nunca se me va a olvidar. Desde ese día no puedo ver un arma porque entro en una crisis nerviosa, y a mis hijos no los puedo ver jugando a policías y ladrones porque me pongo a llorar. En lo poco que conviví con mi padre me da cuenta de que era un hombre espectacular. En cambio, mi mamá era una persona superseca.

José Luis y yo duramos un año y medio de novios, hasta que me pidió que nos casáramos. Nuestro noviazgo fue perfecto, nunca tuvimos una pelea. Me propuso matrimonio en el lugar donde nos conocimos, en aquel café cerca de la escuela de arte. Yo tenía veinticuatro años, de eso hace ya veintisiete años. Ese momento para mí fue, sin miedo a equivocarme, el más feliz de mi vida. Nos casamos un 4 de diciembre y la boda fue espectacular, en una capilla a las afueras de Nueva York. Toda mi familia estaba allí, y la de él también. Nuestra luna de miel, en las Bahamas, fue de lo mejor.

Al principio no pensamos en niños. Los dos queríamos terminar nuestra carrera y sabíamos que un niño nos frenaría. A los tres años de casada quedé embarazada. Los dos éramos tan felices, para mí esa era una vida perfecta. Yo trabajaba en una galena de arte y el daba clases de arte en una escuela. Vivíamos muy bien y de vez en cuando nos dábamos nuestros lujos, viajábamos mucho. Cuando se da cuenta que estaba embarazada casi se muere de la felicidad: me cuidaba, le compraba cosas al bebé, estaba superentusiasmado. El niño nació un 14 de noviembre, era un bebé hermoso y, sobretodo, sano.

Era la adoración de su papá, y todo fue perfecto hasta que Fernando cumplió tres años. Ese día llegué de la galería a las cuatro de la tarde, y ni José Luis ni mi nene estaban por ningún lado. Encontré una carta donde me decía que lo mejor para todos era que el niño viviera sólo con él, y que siguiera con mi vida, que no perdiera mi tiempo buscándolos porque nunca los iba encontrar. Eso fue una pesadilla de la cual todavía no he podido despertar. Ese cretino se robó a mi bebé. ¿Cómo pretendía que yo fuera a seguir con mi vida, después de perder a mi hijo y después de perderlo a él, sabiendo todo lo que yo los amaba? Ese día casi me vuelvo loca. Llamé a todo el mundo, los busqué por todas partes, fui a la casa de su familia y ellos me decían que no tenían ni idea, que no lo podían creer, pero yo estaba segura que ellos sabían, sobretodo mi suegra, porque esa mujer tenía cara de satisfacción. Ella fue la que me convenció de que no lo denunciara por robarse a mi bebé. Recuerdo que me dijo: "Si vas con la policía, lo único que vas a lograr es que José Luis se asuste y se esconda más":

Los busqué como por dos meses pero me di cuenta de que era inútil. En todo ese tiempo no recibí una llamada. Su familia me decía que ellos tampoco sabían nada. A los seis meses de la desaparición de mi esposo y mi hijo, la mamá y el papá de José Luis desaparecieron sin dejar rastro alguno.

En el 2001 se cumplieron dieciocho años de la desaparición, y una amiga me aconsejó que contratara un investigador privado. Eso lo debí hacer desde un principio, o debí ir con la policía. Si me arrepiento de algo es de eso. El investigador me costó un ojo de la cara, pero no me importaba, yo quería ver a mi hijo, y aunque ya tenía cuatro hijos más, ese vacío es imposible de llenar. El investigador, como a los cinco meses, me entregó el teléfono de José Luis. Estaba viviendo en Miami con mi hijo. Lo primero que hice fue llamar y preguntar por Fernando, pues me moría por escuchar su voz. Me quedé muda cuando lo pasaron. Obviamente fingí la voz, y cuando él habló no sabía qué decir y colgué, estaba en shock. Al otro día me fui a Miami. Tenía que ver a mi hijo, tenía tantas cosas que contarle, tantas cosas que preguntarle, y además necesitaba una explicación de su papá, pues yo no me merecía lo que hizo conmigo.

Me bajé del avión y lo primero que hice fue ir a la casa de mi esposo porque seguíamos casados ante la ley. Toqué a la puerta, temblan-

do. Me abrió mi suegra y, apenas me vio, trató de cerrarme la puerta en la cara, pero yo saqué fuerzas de donde no tenía y no la dejé. No sé cómo a ese viejita no le dio un paro cardíaco: tenía cara de muerte. Entré a la fuerza, y llamaba a Fernando como loca. Entonces, él bajo y su papá también. Fernando ni se acordaba de mi cara, no tenía ni idea que yo era su madre, es que ni siquiera hablaba español. José Luis me cogió durísimo del brazo y yo le decía a mi bebé que era su mamá, que lo adoraba. Mi esposo se metió en la conversación, y lo único que gritaba era que cómo me atrevía a aparecer después de haberlos abandonado.

José, con la ayuda de su madre, le había dicho a mi hijo que yo los había abandonado por irme con otro hombre, que siempre fui una mala mujer, que nunca me preocupé por ellos, y que lo mejor que les pudo pasar era que yo me hubiera alejado de sus vidas. Mi hijo solo me decía que me fuera, que yo cómo me atrevía a aparecer ahora, que él no me quería ver, que ya tenía una mamá, que lo único que podía sentir por mí era odio.

Yo me moría por dentro, porque el odio de un hijo no se puede comparar con ningún dolor. Y ya no podía decir nada, pues Fernando era mayor de edad y él podía hacer lo que quisiera con su vida. Las cosas, desde aquel entonces, han mejorado, aunque no mucho. Por lo menos me pasa al teléfono, pero no me quiere ver. Desde ese día no lo he vuelto a ver. Yo le conté toda la verdad y él no me cree. Es que desde muy niño su padre lo único que le inculcó hacia mí fue odio. José Luis vive con una puertorriqueña y no me ha querido dar ninguna explicación del porqué se desapareció con mi hijo. Yo todavía espero una respuesta, no una justificación, pero por lo menos quiero salir de esa duda, quiero saber qué hice mal. La única explicación que veo es que Consuelo, mi suegra, se encargó de convencerlo de que me abandonara.

Ahora estamos en pleno trámite del divorcio, y lo único que me deseo es que mi hijo me quiera, así sea un poquito.

A pesar de que Juan me hizo sufrir mucho, me ayudó a vivir y a sanar heridas. Por él fue que vine a vivir a Manchester, pues quería un lugar más sano para nuestros hijos. Hace ya nueve años vivo acá y hace cuatro meses me separé de Juan. Vivo en mis propios pies en una casa espectacular, que me ha costado mucho trabajo conseguir. A mis dos hijos varones los veo los fines de semana. a

cual viven con su papá sigue a mi nombre y no he querido interponer ninguna demanda en contra de Juan porque de una u otra forma él adora a sus hijos. Lo que sí nunca permitiré es que Talita viva con ellos. En estos momentos mi situación económica es buena y no me puedo quejar. Tengo mi propio negocio: organizo eventos para las compañías de la región y en los ratos libres me dedico a pintar. Ahora, lo único que espero es sacar a mis hijos adelante, verlos crecer y darles todo mi amor.

y enamorarme otra vez, no creo, es que los hombres si no la cagan a la entrada la cagan a la salida, pero la cagan.

(Cristiana Cruz es una mujer de piel canela, alta, de cuerpo voluptuoso, cabello largo y negro, y unos ojos negros que lo dicen todo con sólo mirarlos. Su acento es extraño porque su voz es ronca, difícil de identificar: tiene algo de puertorriqueño, de dominicano y de gringo. Su español es fluido y, a pesar de que su vocabulario no es extenso, se sabe todas las groserías, tanto en inglés como en español. Es una mujer que le encanta hablar, que se nota que ama su cultura latina, que no se arrepiente de nada y que, a pesar de lo dura que ha sido su vida, siempre está sonriendo y viviendo todo con mucha intensidad).

Junio de

2004

La mentira

Eliana María Pérez'

"Estuve en el hospital desde muy temprano en la mañana, esperando el momento del parto. Todo el tiempo escuchaba que la mña venía muy grande o que no había dado la vuelta. Yo creo que ella definitivamente no estaba preparada para nacer. Llegada la noche finalmente ocurrió, y me aseguré de preguntarle a la doctora Si todo estaba bien, si le faltaba algo y ella dijo: "Sí, mi querida madre, los dientes". . .

Entonces, Ángela suspiró tranquila, pero poco después recibió la noticia de que a su hija le faltaba el sistema urinario completo.

"La situación era delicada, pero no grave. Los doctores desde un principio me prometieron que ella mejoraría, que bastarían sólo unas cuantas cirugías y mucho medicamento. Nada más. Cuando por fin se me permitió visitarla, un día después de nacida, descubrí el gran parecido que tenía con Antonio, y me dije: confirmado, Ángela, él es el padre.

"Mientras la cargaba y observaba en su pequeño cuerpecito esa cantidad de tubos y agujas, me preguntaba si todo su sufrimiento era el pago por mi engaño, si Dios me había castigado o Si era el destino que había dado un giro para golpearme. Lo que fuera ya estaba hecho, y Antonio no iba aparecer para consolarme".

Ángela, en ese momento, tenía 17 años, cursaba grado 11 y tenía 3 parejas: Manuel, su actual esposo, Antomo, su amante, y Fernando, su tormento.

Manuel era perfecto y tan sólo le llevaba un año. Era un hombre educado, sin vicios, ni mañas. Ella fue y ha sido su mamá, y por eso lo escogió como su esposo desde que supo del embarazo. Tal como ella lo esperaba, a él le daba lo mismo si era o no el padre, pues lo único importante en su vida tenía un nombre: Ángela.

Antonio, en cambio, era 11 años mayor y representaba la pasión, el